

FEDERICO POVEDA COLLADO



EL CLUB DE LOS JUBILETAS



EL PRIMER DÍA

Qué buen día hace hoy.

Quién lo diría, hoy es mi primer día de jubilado, después de tantos y tantos años trabajados. Más de 45 años de cotización. Son las nueve de la mañana y no sé por dónde empezar. Me siento solo, sin saber qué hacer. Mi mujer, Guadalupe, falleció hace diez años de la maldita enfermedad del siglo xx y XXI, y posiblemente del XXII. Me acuerdo de ella, pero cada día que pasa, su recuerdo se va volviendo más borroso.

He parado poco en casa; me marchaba muy temprano a trabajar y volvía tarde, tan tarde que me he perdido gran parte de la vida de mis hijos. Gracias a mi mujer, que siempre ha estado ahí, ellos son las personas que son hoy. Al final tu vida se pasa y te das cuenta de que no has compartido muchas cosas con tu familia. Ves poco a tu mujer e hijos, y en cuanto a los familiares, solo en reuniones que se dan: bodas al principio y funerales al final.

Nadie quiere despertarse por las mañanas solo; o casi nadie, las excepciones confirman la regla. Entran por los cristales de la ventana los rayos del sol de la

mañana. Me pregunto por dónde empiezo hoy, solo, sin rumbo; qué triste me siento. Ni idea de qué hacer para sentirme mejor.

Mis hijos me han sugerido que, para estar ocupado, entretenido, recoja a los nietos del colegio y que los lleve a sus casas, y así el día se me hará más corto. En parte quiero hacer algo diferente, lo que me dé la gana.

Ellos son buenos chicos, solo piensan en lo mejor para mí, pero sus ideas no me llaman. Tengo ganas de hacer otras cosas (hacer lo que yo quiera). Los domingos, cuando voy a su casa a comer, siempre me sacan el tema, y la verdad es que las paellas de los domingos son riquísimas, pero las sugerencias para ocupar mi tiempo una puta mierda. Quiero hacer otras cosas. Ellos siempre con el mismo tema; estoy harto de las conversaciones domingueras. Son monotema. Me organizan la vida, y no lo necesito. Gracias al comentario que hizo mi yerno, en la última comida, si le puedo llamar así. Es un chico de color que vive con mi hija desde hace unos años, tanto que ni lo recuerdo. Es el que la ha dejado embarazada, y en breve esperan una criatura. Su nombre es Saric, humano de gran altura, casi dos metros, y físico de atleta. Tiene de atleta todo: el comer, el beber y el resto, claro, de la gastronomía española. Saric no es tonto, le gustan las cosas buenas, tanto en comida, bebida e imagino que también otras

cosas; de ahí el embarazo de mi hija. En un momento de la conversación dijo que por qué no me acercaba al ayuntamiento y preguntaba si había actividades para mí. Él tiene gran experiencia en temas de ayuntamientos, ya que hasta que llegó a nuestra ciudad, pasó por unos cuantos para poder labrarse una vida y un nuevo futuro aquí. A veces no valoramos aquello que tenemos.

—Gran idea —exclamé, y mi hija le miró perdonándole la vida. Son de esas miradas que cuando las ves, solo y por un momento, tu mente te dice: «Pobre muchacho, la que le va a caer cuando llegue a casa».

Es una buena idea, me acerco y me informan. Así me dejan tranquilo y hago lo que me dé la gana. Total, ¿qué pierdo?

Me pongo en marcha. Son las diez, y hasta el ayuntamiento desde mi casa hay como unos veinte minutos andando. Ya he desayunado y he recogido lo que había ensuciado.

Como voy a un sitio público, mi hija ha estado muy pesada con mi aseo personal. Me dice que desde que murió mamá, he descuidado mi aspecto, y que parezco un sintecho). Así que me he duchado, afeitado, echado colonia, y me he puesto unos vaqueros con una camisa y unos zapatos. Es curioso, me miro al espejo y

veo que con sesenta y cinco años, solo tengo pelo en el cara; en el resto del cuerpo, ni un solo pelo. Hay edades donde a uno se le empieza a caer todo, pero todo, todo. Me salva mi estatura; con 1,87 cm estoy por encima de la media de la gente de mi edad, o eso dicen las estadísticas. Tengo un color de ojos muy bonito, son verdes. El resto de mi cuerpo, como he trabajado toda mi vida en la construcción, pues tengo buenos músculos y un físico poderoso.

En fin, vamos allá. Cierro la puerta de mi casa. Vivo en un tercero, y en el segundo A, vive Caty, la cotilla del portal, que además es viuda desde hace más de 15 años. Su marido era una buena persona. Sin embargo, ella está pendiente de quién pasa por delante de su puerta. Tengo la sensación de que conmigo es demasiado cariñosa; lo digo porque cuando paso por delante de su puerta sale a preguntarme a dónde voy y qué voy hacer, y si puede acompañarme. Hoy no es una excepción.

—Buenos días, Luis. ¿A dónde vas a estas horas? ¿Te apetece pasar a tomar un café en mi casa?

—Buenos días. No, no, muchas gracias, Caty. Hoy no puedo. Me voy, que tengo que hacer unas cosas.

«Déjame tranquilo, leches».

Esto de no tener ascensor es un coñazo, en estos pisos tan viejos, construidos hace cuarenta años. A pesar de que los años siguen cayendo, y cada vez cuesta

un poquito más subir. Bajar es otro cantar. Me gusta bajar las escaleras sin hacer ruido, para que Caty me deje tranquilo. Cuando paso por delante de su puerta, me doy más prisa de lo normal (casi corro), salgo como un cohete, todo para no sufrir un interrogatorio exhaustivo, y se entere de lo que voy hacer. No solamente ella, sino que al final se enteran todos los vecinos de lo que hago. Qué cruz.

Caty es la gaceta del día a día del portal y de cada uno de los vecinos. Vaya daño está haciendo alguna cadena de televisión. Mi hija dice que soy un paranoico, y que Caty es muy educada preocupándose por mí. Yo creo que quiere otra cosa; pero no es mi tipo. Bajita, sobre un metro y cincuenta centímetros, su color de ojos marrones apagados sin vida, el pelo de color rojo, cosa que no me gusta nada, su físico delgado tirando a casi muerto, sin arreglar nunca, le huele hasta el aliento cuando me habla. Solo de pensar en el resto, se me revuelven las tripas. ¡Uf! ¿Qué más puedo decir? Que no me gusta, cojones. No es mi tipo. Y, como dicen los jóvenes de ahora, no está en mi onda.

He salido del portal y me he cruzado con el portero, y este me ha mirado de forma rara, o a mí me lo ha parecido. El caso es que le he dado los buenos días y él me los ha devuelto en un castellano poco entendible. Será rumano, lituano o de por ahí. Como cada día viene uno o una nueva al edificio... Desde luego,

negro y con el físico de Saric no es. En fin, el saludo es lo de menos, me siento muy cosmopolita; llegado a cierta edad, soy flexible, abierto, y acepto a cualquier persona. Como por ejemplo la relación de mi hija. Vienen buscando el sueño europeo, o más bien el sueño español. Y la realidad al llegar es bien distinta.

Tomo la calle principal del pueblo para ir al ayuntamiento, a ver qué opciones hay para poder apagar mi soledad. De momento, solo con ir, venir y el tiempo que me lleve informarme, esquivo mi soledad.

La avenida del pueblo es muy amplia y peatonal, con un jardín en medio con todo tipo de flores, árboles, césped, y en medio una estatua en honor al primer alcalde, personaje ejemplar ya que nos hizo figurar en los mapas. Tiene comercios a ambos lados, y casas de toda la vida. Los más destacados son la tienda de embutidos de los hermanos Ruiz, que son la cuarta generación ofreciendo los mejores embutidos de la zona. La tienda de confección y sábanas de los asturianos, otros que llevan desde los inicios del pueblo, y estos son la sexta generación; lo llevan los dos hermanos con las mujeres. No se hablan, discutieron hace ya más de diez años por la herencia familiar. Las malas lenguas echan la culpa a las mujeres. Dicen que primero discutieron ellas y que luego, como es ya histórico, malmetieron a los maridos. Son gemelos, hijos

únicos, y no pueden estar uno sin el otro. El caso es que la tienda la llevan una semana uno de ellos con su mujer y a la siguiente el otro, con la suya. Llegaron a este acuerdo al final, porque mediaron en el conflicto los hijos de ambos, que curiosamente entre ellos se llevan de maravilla.

También está el kiosco de prensa, toda una institución del pueblo. Siempre nos ha mantenido informados con la venta de la prensa nacional, internacional, revistas del corazón, de hombres, de mujeres, de ciencia, libros, fascículos y los chismes del pueblo. Este maneja todos los trapos sucios y no sucios del pueblo.

No me quiero olvidar de la cafetería *Los Suizos*, sitio de reunión para los desayunos y meriendas de las mujeres del pueblo, y el bar de la oreja (típica del pueblo), ahí se reúne la juventud a reponer fuerzas antes y después de sus fiestas y reuniones.

La droguería de Ariel, donde podemos encontrar pinturas, brochas, pinceles, líquidos de limpieza, detergentes, etc., etc. El casino (sí, todavía existe el casino, tenemos uno). Sitio de reunión de los varones y hembras viciosos de las cartas, dominó, bingos, ruleta y tragaperras. Sí, este casino tiene de todo. Cuando pasas cerca de la puerta en los horarios y días de más juego, que suelen ser los viernes por la noche (el bingo) y los sábados (timbas y bingos), se oye cómo

gritan los ganadores, y también suben la voz algunos perdedores. Creo que, en todos estos años, habré pasado en algunas ocasiones, pero nunca me han terminado de gustar los juegos de azar, y la razón de esto es porque siempre he solido perder y pocas, muy pocas veces, casi ninguna, creo que a lo sumo una o dos, he tenido la fortuna de ganar. De ahí mi rechazo a los juegos, máquinas y artilugios que tienen dentro del local para jugar.

Continuamos con la carnicería de Floren. Qué gran género tiene este señor, en todo tipo de carne; trae el mejor ganado de España para venderlo aquí. Pero también es conocido por las cornamentas que ha dejado puestas en algunos de los hombres y mujeres del pueblo. Se rumorea de cómo seduce a ambos sexos, es un secreto tan guardado y privado que solo lo sabe él. Me pregunto si Caty o el kiosquero lo sabrán.

También está la inmobiliaria municipal, que está dirigida por la mujer del segundo alcalde. Se dice que fue víctima de nuestro amigo el carnicero. No quiero hablar de cómo consiguió el puesto la señora. La electricidad en el pueblo va a doscientos veinte. O quizás más. Nadie tira la primera piedra por miedo a las consecuencias que le puedan traer. Al final siempre tenemos algo que esconder, y no queremos que nadie lo sepa. Somos presas del cotilleo y de habladurías de otros. Todo como corre como la pólvora.